

# MIGUEL AGUILÓ

*Hacia una nueva dimensión ecológica en el diseño del paisaje*

## **1. Introducción y resumen**

Los nuevos valores ambientales han modificado la forma tradicional de apreciar la estética de las obras construidas en el paisaje. Las clásicas dimensiones naturales, artísticas y psicológicas que caracterizaban la belleza del entorno y de las actuaciones instaladas en él no reflejan algunos principios ecológicos que la sociedad ha asumido y quiere defender. Para tenerlos en cuenta, es preciso reformular las dimensiones clásicas de la estética, radicadas fundamentalmente en la herencia cultural, y añadir alguna complementaria.

Se comienza con el análisis de los componentes de los valores en general, para estudiar después su evolución y particularizarla en los valores ambientales que pretenden integrar lo cultural y lo natural. Se incluye luego una reflexión sobre la apreciación estética del paisaje, analizando las preferencias y enunciando los principios aplicados por los principales métodos de valoración práctica. A continuación, se resaltan los desajustes que se producen entre los principios ecológicos y las variables culturales utilizadas en la evaluación estética del paisaje, así como los elementos básicos de una posible estética ecológica y su integración con los principios tradicionales.

## 2. *Nuevos valores ambientales*

El valor tiene unos componentes interdependientes que suelen resumirse en tres. El componente de conocimiento o creencia acerca de un objeto, persona o cosa, que está organizado de acuerdo con los principios de aprendizaje. En segundo lugar, el componente afectivo, relacionado con la emoción conectada con nuestras motivaciones hacia ellos. Y, por último, el componente de tendencia a la acción relacionado con la rapidez de comportamiento en el intento de satisfacción de sus deseos.

Los conocimientos, sentimientos y tendencias de actuación forman un sistema de valor complejo, muy interrelacionado, que dirige el comportamiento. Pero no todos los valores tienen la misma potencia para dirigir el comportamiento. Hay unos valores esenciales que ayudan a evaluar causas y soluciones, empujan hacia el compromiso vital o se estructuran en normas para la actividad cotidiana. Son más estables que los demás y tienen importancia instrumental y utilidad operacional para quien los percibe.

Los valores no existen aislados, están siempre interconectados. La consonancia explica el grado en que los valores de un grupo están relacionadas consistentemente unos con otros. El entorno y la ecología, por ejemplo, se suele presentar como una agrupación de valores orientada hacia lo que concierne a la acción moral hacia los recursos naturales<sup>1</sup>.

Y también evolucionan con el tiempo: John B. Jackson identificaba varios momentos en la construcción de los valores de la sociedad norteamericana respecto al entorno. En una primera fase, la ética puritana del siglo XVIII fomentó pequeñas comunidades de familias que utilizaron la tierra con un propósito religioso. En aquellos tiempos, un paisaje era considerado hermoso cuando revelaba una verdad moral o ética.

Posteriormente, el siglo XIX trajo una nueva ética, la del ingeniero: carreteras, puentes o puertos fueron considerados signos de civilización y de riqueza. Pero después, en el último tercio del siglo, el ingeniero se puso al servicio de la industria y comenzó a perder ese marchamo de servicio a la sociedad. La proliferación de los ferrocarriles y de las factorías con energía de vapor concentraron su atención en la producción, el uso y la conservación de la energía, y vincularon la empresa humana al objetivo de la eficiencia. La belleza en el paisaje fue entonces redefinida en términos de eficiencia en el flujo de energía en el sistema.

Por último, de la «suciedad, confusión y masificación» producida por ese afán de eficiencia, surgió una nueva postura que se manifiesta de dos

<sup>1</sup> Groves, D. L.; Kahalas, H.; 1976. «A method to determine personal values». *Journal of Environmental Management*: 303-324.

maneras. Por un lado, supone un claro rechazo de ese mundo, muchas veces acompañado de la frustrada intención de escaparse a tierras vírgenes. Por otro, apunta una resignada aceptación de la situación, acompañada de la intención de sacar partido de lo que ofrece el entorno cada vez más urbanizado.

Ambas posturas coinciden en el fin o intención última: lo natural no es ya el lugar de formación del carácter, para desempeñar obligaciones tradicionales íntimamente ligadas al entorno. Ahora, lo natural es el sitio donde se buscan recursos, para comprarlos o conseguirlos gratuitamente: se trata de acumular energía física o psíquica para transferirla a la ciudad. Se almacena el agua para derivarla a la ciudad o se utiliza el paisaje para aliviar el estrés y renovar fuerzas. Esta reacción contemporánea está alterando la evaluación social del entorno natural. Los paisajes son contemplados como emplazamientos para una experiencia, más que como la experiencia misma y, por consiguiente, son considerados bellos cuando suministran recursos o contribuyen a la auto-conciencia y al auto-conocimiento<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Jackson, John B.; 1984. *Discovering the vernacular landscape*. Yale University Press, New Haven & London: 63.

En cualquier tiempo y lugar, el paisaje expresa los valores que han conformado el desarrollo, la modificación o la sustitución de lo natural por el hombre. Los valores primigenios se fundan en las necesidades básicas de alimentación, cobijo y vestido. Se expanden con el crecimiento técnico y cultural que hacen posible la mejora, el refinamiento y el enriquecimiento de esas conveniencias o comodidades. Y también crecen con el excedente económico y la riqueza, que generan nuevas oportunidades de comercio y desarrollo de mercados, y con el crecimiento de la conciencia social y de las aspiraciones culturales.

Lo construido o, con mayor generalidad, la actuación del hombre en su entorno, expresa directamente los valores y las aspiraciones de quienes lo construyen. Con el tiempo, esas actuaciones se integran en el paisaje y devienen en elementos de la historia cultural del lugar, mientras los nuevos desarrollos expresan nuevos valores, que pueden ser similares o diferentes de los antiguos. Los valores subyacen en los significados, que permanecen soldados en los intersticios del lugar.

De acuerdo con Garret Eckbo<sup>3</sup>, estos valores ambientales derivados de la propia expresión del entorno, se desarrollan desde cuatro direcciones:

- La herencia proporciona las capacidades básicas, las tendencias, las necesidades y los reflejos instintivos, mientras que el medio ambiente determina las posibilidades de desarrollo de todos ellos: de ese condicionamiento derivan las actitudes, los valores y las aspiraciones.

<sup>3</sup> Eckbo, Garrett; 1975. «Qualitative values in the landscape». En: Zube, Ervin H.; Brush, Robert O.; Fabos, Julius Gy; (ed.); 1975. *Landscape assessment: values, perceptions and resources*. Dowden, Hutchinson & Ross, Stroudsburg: 31-37.

- La educación familiar, escolar o profesional permite la asimilación de los cambios por la sociedad, debidamente influidos por los valores y actitudes sociales considerados correctos.
- La comunicación prolonga los efectos de la educación durante toda la vida del individuo, y prepara y condiciona a la gente para ajustarse a su sociedad y a su entorno.
- La experiencia, que incluye también las dos anteriores, proporciona tranquilidad si confirma los mensajes de ellas y turbación cuando no lo hace.

La acumulación de entradas por esas cuatro vías proporciona unos filtros de interpretación y evaluación a las percepciones sensoriales directas.

### **3. *Actitudes de modificación del entorno***

Las modificaciones a nuestro entorno se introducen a través de esos filtros, que impregnan las actitudes de quienes deciden o ejecutan las actuaciones sobre él. En general, las actitudes son el resultado de la superposición de cuatro componentes básicos:

- Subsistencia, o satisfacción de las necesidades primarias, que es dominante en las sociedades poco desarrolladas. Se aproxima al entorno en términos utilitarios.
- Beneficio, principal componente que domina absolutamente sobre los demás en las sociedades desarrolladas y es a veces reconocido como principal motor de la actuación humana. Inspira la actuación en términos estrictamente económicos.
- Conservación, surgido como respuesta al deterioro y destrucción de los recursos naturales. Cada vez más reconocido como componente sustancial, pero condicionado por la mayor prioridad otorgada a lo económico. Pretende moderar o suavizar el beneficio con el fin de preservar o mantener los recursos.
- Cultura, como costumbres e instituciones con las cuales una sociedad, dialogando con la naturaleza, realiza su propia adaptación interna. Es responsable de mantener la diversidad, la flexibilidad, la amenidad y la riqueza cualitativa de las distintas civilizaciones.

Los diseñadores de obras de ingeniería, y la gente que las observa y utiliza, se aproximan a lo ambiental desde una combinación de esas actitudes, con enfoques que van desde lo equilibrado a la rabiosa prioridad de alguno de los cuatro componentes.

Para considerar la inserción de lo social en lo natural se requiere una doble perspectiva: con la ayuda de las ciencias sociales se pueden

comprender los valores y actitudes que gobiernan los cambios en el paisaje; y, por su parte, las ciencias naturales resultan imprescindibles para conocer los procesos biofísicos que, influenciados por la actuación humana, dan lugar a los cambios ecológicos trascendentes.

Y ello es importante, pues los valores ecológicos cada vez están más ligados a la sostenibilidad, es decir, a la capacidad de mantener nuestra forma de actuar sin que las futuras generaciones resulten afectadas. Solo con una correcta elección de las escalas temporal y espacial de aplicación de los valores, se pueden tener en cuenta ambos mundos conjuntamente. Pues, en efecto, los valores sociales están basados en preocupaciones inter generacionales a escala regional: la valoración de la salud y la integridad del entorno a la escala del paisaje concreto y abarcable, sobre un período de décadas, integra mejor los valores sociales con los procesos biofísicos subyacentes<sup>4 5</sup>.

<sup>4</sup> Rapport, D.J.; *et al.*; 1998. «Evaluating Landscape Health: integrating societal goals and biophysical process». *Journal of Environmental Management*, 53, 1-15.

<sup>5</sup> Gobster, Paul H.; 1999. «An Ecological Aesthetic for Forest Landscape Management». *Landscape Journal* (1999) 18 (1): 54-64.

En resumen, hay una creciente necesidad de integrar los valores ecológicos, o naturales, con los culturales en la apreciación de la actuación del hombre sobre su entorno. Ya no se consideran suficientes los análisis coste-beneficio de los economistas, ni los criterios ecologistas de utilización eficiente de la energía, ni la asignación equitativa de los beneficios a las distintas capas sociales, ni los valores estéticos formales.

Junto a esos valores es preciso considerar los significados ambientales del entorno, particularmente relevantes en la vinculación al lugar, los cuales hacen posible que el hombre fundamentalmente urbano de hoy logre un completo y cabal sentido de su propia identidad<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Zube, Ervin H.; Brush, Robert O.; Fabos, Julius Gy; (ed.); 1975. *Landscape assessment: values, perceptions and resources*. Dowden, Hutchinson & Ross, Stroudsburg: 3.

#### **4. *Apreciación estética del paisaje***

Cabe preguntarse hasta qué punto los estudios sistemáticos y analíticos, propios de las ciencias ambientales, tienen algún peso en nuestras valoraciones sobre el paisaje. Y no sólo habría que referirse a la geografía, la geología o la ecología, sino también a las ciencias del comportamiento, la historia, la tradición cultural o la producción económica, tanto agrícola como recreativa.

De todas las ciencias que revolotean con bien intencionadas expectativas en los aledaños de la valoración del paisaje, las biológicas son las que disponen de más abogados. La ecología es la que va en cabeza, quizás porque, debido a la contaminación ambiental, ha encontrado una dimensión moral además de visual en su mensaje, y la búsqueda de vínculos entre la ética y la estética ha sido siempre una característica recurrente de la

indagación filosófica. En cualquier caso, los valores ecológicos han penetrado en las preferencias sobre el paisaje.

La consideración práctica de la estética del paisaje se ha introducido en la valoración crítica de las obras construidas y en los modelos de ordenación del territorio, por medio de diferentes aproximaciones:

- Los diseñadores utilizan conceptos formales de diseño como línea, forma, color, y textura para describir y estudiar los cambios en el paisaje. En torno a esta aproximación se han construido los métodos directos de valoración basados en categorías estéticas que, en su forma más simple, se reducen a meras apreciaciones críticas formuladas con cierta consistencia.
- Los sociólogos explican la naturaleza de la estética del paisaje por medio de encuestas sobre la calidad visual o la belleza escénica de los paisajes en que se inscribe lo construido. Este enfoque se ha plasmado en los análisis de preferencias con esporádica inclusión de análisis de antes y después de la construcción.
- A menudo, las valoraciones estéticas se relacionan con medidas de características físicas, con el diseño formal o con atributos psicológicos del paisaje. Eso permite extender las valoraciones directas sobre una pequeña muestra a todo un territorio, y es la base de los llamados métodos mixtos<sup>7</sup>.

El estado actual de la investigación paisajística no proporciona a los gestores ambientales la terminología apropiada para caracterizar y valorar la calidad estética de tipos particulares de paisaje. Pero hay estudios parciales que examinan la capacidad de descriptores físicos, artísticos y psicológicos para determinados paisajes<sup>8</sup>.

Las dimensiones estéticas habitualmente utilizadas para expresar preferencias estéticas de paisajes son de tres clases:

- Los *descriptores físicos* se refieren a elementos visibles o tangibles del paisaje o de sus propiedades, como rocas, árboles, agua o tamaño de las rocas, altura de los árboles o porcentaje de agua en una vista. Un argumento para su utilización radica en que cualquier estudio de psicología del entorno debe tener en cuenta cómo los atributos reales del entorno afectan a la conducta humana. Otro argumento más pragmático radica en que los investigadores deben identificar dimensiones físicas del paisaje como descriptores de su estética porque es lo que más fácilmente pueden manipular los gestores para mejorarla.
- Los *descriptores artísticos* se refieren a las dimensiones compositivas formales o abstractas del paisaje, como la variedad de forma, línea, color y textura;

<sup>7</sup> Aguiló Alonso, Miguel; *et al.*; 1993. *Guía para la elaboración de estudios del medio físico: contenido y metodología*. Ministerio de Obras Públicas y Transportes, Secretaría de Estado para las Políticas del Agua y el Medio Ambiente, Madrid.

<sup>8</sup> Gobster, Paul H.; Chenoweth, Richard E.; 1989. «The Dimensions of Aesthetic Preference: A Quantitative Analysis». *Journal of Environmental Management*, 29: 47-72.

o contraste, armonía e integridad. Son abstracciones sintéticas de elementos físicos del paisaje, combinadas para formar alguna disposición o configuración compositiva en el ojo del observador. Por ejemplo, un paisaje con un alto grado de unidad puede resultar de pautas de vegetación, de morfología y de usos del suelo que convergen en una composición integrada, mientras que un paisaje de bajo contraste puede estar producido por los mismos elementos físicos que tienen un alto grado de similitud.

- Los *descriptores psicológicos* se refieren a los impactos del paisaje en quienes lo observan o experimentan: produce placer e interés, proporciona oportunidades para la soledad, o da la sensación de fundirse con la naturaleza. Han sido criticados porque no se relacionan con dimensiones del paisaje que puedan ser percibidas o gestionadas. Otros las defienden porque son las únicas que proporcionan sentido al entorno y creen que las demás no tienen un fundamento estético racional.

Descriptores físicos	Descriptores artísticos	Descriptores psicológicos
<ul style="list-style-type: none"> <li>—variedad de usos del suelo</li> <li>—complejidad de usos del suelo</li> <li>—unicidad de características físicas</li> <li>—grado de alteración</li> <li>—pendientes del terreno</li> <li>—alcance de las vistas</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>—prominencia de puntos focales</li> <li>—unidad, variedad de color</li> <li>—variedad de línea</li> <li>—variedad de forma</li> <li>—variedad de textura</li> <li>—variedad global</li> <li>—equilibrio</li> <li>—contraste</li> <li>—viveza cerrazón o encierro</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>—misterio</li> <li>—armonía</li> <li>—sensación de paz</li> <li>—sensación placentera</li> <li>—proximidad a la naturaleza</li> <li>—sentido del lugar</li> <li>—legibilidad</li> <li>—temor</li> <li>—excitación</li> </ul>

En general, los análisis basados en un solo conjunto de dimensiones de preferencia no consiguen reflejar la riqueza de las respuestas estéticas a los paisajes, pero es posible predecir las preferencias utilizando un conjunto de dimensiones físicas, artísticas y psicológicas. Más importante que la elección entre un tipo de descriptor u otro, es conseguir un grupo de descriptores que puedan cubrir el rango de dimensiones estéticas que definen un tipo de paisaje<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Zube, Ervin H.; Brush, Robert O.; Fabos, Julius Gy; (ed.); 1975. *Landscape assessment: values, perceptions and resources*. Dowden, Hutchinson & Ross, Stroudsburg. Zube, Ervin H.; Sell, James L.; Taylor, Jonathan G.; 1982. «Landscape perception: research, application and theory». *Landscape Planning*, (1982) 9: 1-13.

## 5. Aspectos discordantes entre cultura y ecología

En la práctica, la gestión de los recursos visuales ha sido efectiva. Pero la estética paisajista, potenciada con la investigación y la práctica, ha ayudado a perpetuar unas preferencias por determinados paisajes que

alguno ha llamado superficiales. Al tratar el paisaje como una composición estática y formal, al enfatizar los atributos visuales, dramáticos y pintorescos de la naturaleza, al conceptualizar y medir solo los aspectos visuales, perceptuales y afectivos, se limita el rango y la profundidad de las oportunidades estéticas proporcionadas al público. Esto se complica cuando se quiere contar con valores de sostenibilidad, pues lo cultural y lo ecológico interactúan pero no participan de la misma concepción de partida en varios aspectos<sup>10</sup>:

- *Visibilidad.* El diseño tradicional descansa en la selección de puntos de vista y componentes claros y organizados, en contraste con un mundo desorganizado o con un contexto cuyo orden es menos comprensible. Por el contrario, los paisajes ecológicos tienen pautas visuales difusas y los diseños ecológicos casi no se notan: «si están bien hechos, desaparecen». Los diseñadores ecológicos creen que el valor ecológico habla por sí mismo y que reemplaza o se sobrepone a la experiencia estética. Muchas veces, partes vitales de los ecosistemas pueden ser prácticamente invisibles en cualquier condición.
- *Temporalidad.* El diseño de lo construido y del paisaje descansa en una visión estática o fija de la tierra, y contempla los cambios no como una fuerza vital o imaginativa, sino como una amenaza o un desencanto. Este deseo de constancia de la imagen visual choca con las fuerzas fundamentales que dirigen el diseño ecológico, siempre imprevisibles y aceptadas como tal. Esta circunstancia se puede manejar dejando invariantes algunas partes del diseño y permitiendo una evolución natural en el resto.
- *Reiteración.* La estética clásica se caracteriza por un vocabulario de formas reiteradas a través del tiempo, del espacio y de diferentes culturas. En los procesos ecológicos, la forma no es tan determinista, y existe un pluralismo de situaciones que se resiste naturalmente a una categorización visual. Hay que basarse en el concepto de «pauta» que, para lo natural, es tan fuerte o más que para lo cultural. No se debe olvidar que muchas de las formas diseñadas de la tradición occidental comenzaron como elementos principalmente ecológicos, apropiados a su tiempo y a su lugar. Y también que la mezcla de lugares diseñados clásicamente con los ecológicos es viable.
- *Expresión.* La intención de provocar sentimientos y emociones ha estado siempre presente en el diseño. Pero si el placer o la sensualidad forman parte de la experiencia del diseño ecológico, se trata de una feliz coincidencia y no de una intención impulsora. No es fácil reconciliar la visión filosófica de la estética con la visión racional o empírica del diseño ecológico. La clave para superar esto radica en contemplar los procesos ecológicos como materia del propio diseño, verlos en el contexto del diseño del paisaje. La propia demanda cultural invita a

<sup>10</sup> Mazingo, Louise A.; 1997. «Seeing Science as Culture». *Landscape Journal* (1997) 16 (1): 46-59.

incluir los paisajes ecológicos como parte de nuestra existencia: pueden no motivar nuestra apreciación estética, pero movilizan otros resortes culturales, pueden trasladarse desde lo opcional hacia lo necesario y provocar otros tipos de emociones.

## 6. Bases de una estética ecológica

La base conceptual de la estética ecológica radica en los escritos de Aldo Leopold quien, sin embargo, nunca mencionó estos términos. Para él, la estética del país tiene poco que ver con líneas, colores, o formas, nada que ver con cualidades escénicas o pintorescas, y todo que ver con la integridad de su herencia evolucionista y sus procesos ecológicos.

Lo visual, focalizado, estático, pintoresco o dramático, limitado o claro, de las preferencias clásicas es sustituido por lo multimodal, vivo, cambiante, sutil o confuso de una estética basada en valores ecológicos. La presencia pasiva, contemplativa, orientada a los objetos para buscar placer y satisfacción a corto plazo, se contraponen a la activa, participativa, de diálogo orientado a la comprensión e involucración duradera con el medio, propia de la actitud ecológica<sup>11</sup>.

No cabe pensar que se vaya a sustituir una estética con otra, sino de la necesidad de integrar los conocimientos ecológicos en la tradición arquitectónica de diseñar lugares para el goce y el uso, de forma que los arquitectos paisajistas se conviertan en una especie de «críticos ambientales», capaces de describir, interpretar y evaluar la calidad estética del entorno.

Appleton se inclina hacia la idea de que «dónde es más posible que encontremos indicadores para comprender la estética del paisaje es en alguna “fusión” de las ciencias del comportamiento y las ambientales». No cuestiona el concepto del enfoque ecológico, pero sí la simplificada ecuación de que lo ecológicamente beneficioso sea también estéticamente placentero. Podría aceptarse, en cambio, una proposición algo más limitada: Está en la naturaleza humana observar su entorno en términos de lo que parece ser más beneficioso para él y sus especies, lo que puede ser difícil de probar pero resulta significativo para relacionar el entorno, a través de la percepción, con la experiencia estética. Determinados objetos adquieren papeles funcionales en la compleja relación entre el hombre y su entorno, como proteger, invitar, remontar, desafiar, avisar o transmitir seguridad a través de lo familiar y estimular la curiosidad por lo conocido. Y este enfoque funcional puede complementar favorablemente los enfoques predominantemente morfológicos contemplados como ortodoxos<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Gobster, Paul H.; 1999. «An Ecological Aesthetic for Forest Landscape Management». *Landscape Journal* (1999) 18 (1): 54-64.

<sup>12</sup> Appleton, Jay; 1979. «Landscape Aesthetics in the Field». En: Appleton, Jay; (ed.); 1979. *The Aesthetics of Landscape*. Rural Planning Services, Didcot, Oxon: 14-22: 21

La idea se va concretando en diferentes propuestas que abarcan desde la arquitectura del paisaje al diseño de la ciudad. Se pretende una nueva estética del paisaje y del diseño urbano, una estética que incluya tanto a la naturaleza como a la cultura. Considera la función, la percepción sensorial y los significados, y abarca tanto la realización de obras y lugares como el sentirlos, usarlos o contemplarlos. La teoría se basa en la comprensión de naturaleza y cultura como procesos interrelacionados que exhiben un orden complejo y subyacente, que permanece a través de vastas escalas, espacios o períodos de tiempo. Su base como proceso descansa en una visión dinámica de la forma urbana, que evoluciona en el tiempo de forma predecible o impredecible.

La noción de diálogo, con su contenido de tiempo, propósito, comunicación y respuesta, es central a esta teoría. La forma de la ciudad es vista como resultado de narrativas complejas, superpuestas e interrelacionadas que, conjuntamente, comprenden el contexto del lugar y los argumentos que conectan el lugar con todos los que viven allí. Las cuestiones de tiempo y cambio, procesos y pautas, orden y azar, ser y hacer, y forma y significado son centrales en esta teoría. Estos aspectos son también centrales a recientes corrientes teóricas en otros campos, incluyendo el arte, la música y la ciencia. Aunque esta estética sugiere una nueva interpretación de las formas del pasado, también demanda nuevas formas, nuevos modos de notación y representación y nuevos procesos de diseño, construcción y cultivo<sup>13</sup>.

Para la articulación de esta estética ecológica, Koh identifica y diferencia conceptos clave que unen principios de diseño y de teoría de la estética<sup>14</sup>. Amplía los conceptos tradicionales de unidad y equilibrio, y propone un tercer principio de complementariedad. Al tradicional concepto de unidad, tal como lo entendía Alberti —nada puede quitarse o añadirse sin destruir el todo—, añade la integridad de la forma como sistema en interacción entre propósito y contexto. Al equilibrio estático entre masas, fuerzas o cantidades opuestas añade el balance dinámico entre procesos naturales y del hombre.

Por su parte, la complementariedad introduce las relaciones internas de los sistemas naturales y las que se producen entre el hombre y su mundo. En la obra de ingeniería sirve de vehículo para integrar las relaciones obra-entorno.

En el entorno construido, la continuidad dentro-fuera, obra y entorno, se complementan en realzar la experiencia estética y en incrementar el sentido de orientación, de arraigo y del lugar. La cualidad estética producida por la armonía entre la construcción y el paisaje puede explicarse por la tendencia de la percepción hacia la integración: «ver, es ver en el contexto»<sup>15</sup>.

**13** Whiston Spuru, Anne; 1988. «The poetics of City and Nature: Towards a New aesthetic for Urban Design». *Landscape Journal* (1988) 7 (2): 108-126.

**14** Koh, Jusuk; 1988. «An Ecological Aesthetic». *Landscape Journal* (1988) 7 (2): 177-191.

**15** Koh, 1988; 188.

La **unidad completa** con el lugar genera:

- sentido de la armonía con el paisaje
- realce de la identidad con el lugar
- riqueza y claridad de la imagen del sitio
- apertura al entorno, al paisaje y al universo mundo
- adecuación a la calidad y a la capacidad portante de cada zona ecológica
- sensibilidad a la calle y a la comunidad del entorno urbano

## 7. *Conclusión*

Como conclusión, esta estética ecológica tiene tres importantes características definitorias: es participativa, fenomenológica y ambiental. La estética ecológica constituye un paradigma que incluye una experiencia perceptual completa (en vez de sólo visual); contempla al hombre y su entorno conjuntamente; y tiene en cuenta tanto los procesos y cambios no lineales, como el orden formal. En definitiva, contempla lo construido y su percepción como un proceso, y producto, creativo y adaptativo.

Sin embargo, la consideración de los valores ecológicos encuentra dificultades importantes en la falta de conocimientos sobre procesos naturales —y, sobre todo, de costumbre para integrarlos— de quienes habitualmente se ocupan del diseño del paisaje, y parece que pasará tiempo para que la ecología sea tenida en cuenta como valor esencial inspirador de la actividad creativa.